

Tribuna ajena | Por Ángel Luis Llamas Rodríguez, del sector ecosocialista de Izquierda Unida de Aragón

Una Izquierda Unida abierta

EN el proceso de recobrar la orientación, tras el fuerte golpe recibido en las últimas elecciones legislativas, Izquierda Unida intenta reflexionar en profundidad sobre la situación del proyecto y sus oportunidades en un nuevo contexto social y político, convencidos de que solo en el agotamiento de una etapa se puede explicar el fracaso electoral y solo desde la inauguración de un reto político social de nuevo cuño se puede mirar al futuro con optimismo.

Noqueados por la realidad, se debilita el orgullo y la terquedad da paso a la autocrítica. Por fin se reconoce que los materialistas históricos conocemos mal la sociedad en donde vivimos, lo que en los últimos tiempos nos ha hecho sacar conclusiones erróneas de los cambios que han ocurrido en España y que con malos mapas no hemos planteado correctamente las estrategias a seguir.

El agotamiento es el efecto de menospreciar la cultura surgida de los cambios económicos y sociales acaecidos en los últimos 20 años, especialmente los que tienen que ver con el proceso de modernización de España. Las cohortes generacionales de los setenta y los ochenta han dado lugar a nuevos sujetos sociales (muy distintos a los que durante años nos han servido de referencia) socializados en un espacio despolitizado y privatizado que solo hemos sabido demonizar, sin tener en cuenta que la incorporación de la autonomía del individuo frente a lo colectivo encierra alguna clave de éxito en los idearios que hacen frente al tropel del sálvese quien pueda de las sociedades del consumo.

A pesar de conocer por las evidencias sociológicas que teníamos una base electoral joven, urbana, con formación media alta y transversal en términos sociales y culturales, el ensimismamiento en los clichés marxistas de los años setenta y el instinto de conservación de los supervivientes políticos ha impedido el acceso de las nuevas generaciones a las esferas de representación orgánica o institucional. Desviando estos detalles al ahorro de información pasábamos por encima de las causas de nuestros problemas de expresión: lenguajes arcaicos y una sociabilización hispida de las generaciones que se acercaban por vez primera a la política.

Pero donde hemos sido más injustos es en la distancia cobrada con la realidad de la mujer: mientras nos declarábamos paladines de la igualdad, relegábamos a las féminas de nuestra organización a niveles de representación por debajo de lo imprescindible. La suma de estas cuestiones ha contribuido a una percepción social que nos aleja de las mujeres y de los jóvenes, caracterizándonos como

«Donde hemos sido más injustos es en la distancia cobrada con la realidad de la mujer: mientras nos declarábamos paladines de la igualdad, relegábamos a las féminas de nuestra organización»

progres demodés con demasiados dejes de los años ochenta.

Si no actualizamos el discurso, y la presentabilidad social, teniendo en cuenta claves tan elementales como las que acabo de enunciar, difícilmente podremos rentabilizar los compromisos ocasionales de miles de jóvenes en defensa de los derechos civiles, la vivienda, el trabajo digno, la educación o de un planeta limpio. Las vocaciones que llevaban a los jóvenes a la militancia duradera en los movimientos sociales han cedido paso a otras formas de sociabilidad y de presión con las que debemos convivir sin dimisiones de confianza ante la aparición de generaciones a las que no entendemos culturalmente, dimisiones que hemos tendido a disfrazar de afirmaciones antisistema.

Vencidos estos vicios culturales de la edad, será más fácil reconocer nuestra propia identidad de izquierda y dar con una organización más selectiva con las proyecciones de un vecino como el PSOE, emisor de más sombras que luces. Con una colaboración independiente en programas colectivos de izquierda (al tiempo que más comprometida en las decisiones tomadas en común), programas que sean expresión de empoderamiento cívico, subrayaremos nuestro perfil y demostraremos la utilidad social de la que hemos sido tan deficitarios. Esa debe ser nuestra agenda, personal pero transferible a la izquierda civil autorizada al reproche de una deuda de articulación política y social. Hay más gente de izquierdas fuera que en el entorno de IU, y esa proporción debe cambiar si queremos presumir de pluralidad y crecimiento.

En saco roto

| Juan D. Lasierra

Escalofríos en la Expo

MUCHO iceberg, pero la gente se muere de calor, suspira por un trocito de sombra, por una brisita de cierzo... ¡Ay, que se olvidaron que el meandro de Ranillas era la antesala del Sahara!

Las crónicas de las jornadas de la Expo empiezan a tener un aire de glosa galdosiana, de episodio nacional, como si del tercer Sitio se tratara. Hay motines por doquier contra el invasor inclemente: la mala organización. Aunque el enemigo fetén es el calor. Tal como se han hecho las cosas, podemos firmar ya la capitulación.

Basilio Paraíso ha pecado de imprevisión esta vez. Todos los paseos de Ranillas debieron disponer de sombrillas refrescantes. A la Expo del agua le falta agua. Han llevado el mensaje de la sed universal demasiado lejos. Un poco menos de realismo hubiera contribuido a transmitirlo mejor.

—He estado a punto de morirme—nos dice Marga.

Habrán bajas. Lo presagian los golpes de calor y las lipotimias por docenas de estos